

**PENSAR LA REVOLUCIÓN:
PENSAMIENTO LATINOAMERICANO
E INTELLECTUALES EN EL MIR CHILENO
1965-1973**

PROPUESTA TEÓRICA Y METODOLÓGICA PARA SU
ESTUDIO DESDE LA HISTORIA INTELLECTUAL Y LA
HISTORIA DE LA VIOLENCIA

THINKING THE REVOLUTION:
LATIN-AMERICAN THOUGHT AND INTELLECTUALS
IN THE CHILEAN MIR 1965-1973
THEORETICAL AND METHODOLOGICAL PROPOSAL
TO ITS STUDY FROM THE PERSPECTIVE OF
INTELLECTUAL HISTORY AND THE HISTORY OF VIOLENCE

IVETTE LOZOYA

Universidad de Santiago de Chile
Alameda N° 3363, Estación Central
Santiago, Chile
ivette.lozoya@usach.cl

RESUMEN

El siguiente trabajo presenta una discusión teórica y una propuesta metodológica para el estudio de los referentes intelectuales latinoamericanos que definieron ideológica y políticamente

al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En términos más específicos, son consideraciones teóricas para indagar en las ideas que forman parte del pensamiento político, económico y filosófico latinoamericano que se convirtieron en referencia para el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. La propuesta está pensada para conocer la relación que existía entre los intelectuales latinoamericanos y la organización revolucionaria, diferenciando entre quienes cumplían un rol de referentes y quienes eran militantes del MIR.

Palabras claves: Movimiento de Izquierda Revolucionaria, intelectuales, pensamiento latinoamericano, violencia política.

ABSTRACT

This paper introduces a theoretical discussion and a methodological proposal to the study of those intellectual Latin-American models that defined the *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR) from both an ideological and a political perspective. In specific terms, it offers theoretical considerations to investigate the ideas that changed the political, economic and philosophical Latin-American thought and later became paradigmatic for the MIR. This approach aims to understand the connection between Latin American intellectuals and the revolutionary organization, making a distinction between those who played a paradigmatic role to the MIR and those who were active militants.

Key words: Intellectuals, Revolutionary Left Movement, Latin-American Thought, Political Violence.

En los años 60 asistimos en América Latina a un proceso de búsqueda de desarrollo por vías distintas al capitalismo. Este influjo, que reforzó la identidad continental, se expresó en todos los aspectos de la realidad: la política, las artes, las letras, dando origen a un pensamiento original que nutrió la creación de proyectos societales alternativos. Sobre esta alternativa se instaló la represión, derrotando las ansias liberalizadoras anti-capitalistas, lo que también tendría consecuencias sobre el pensamiento latinoamericano.

El Movimiento de Izquierda Revolucionaria fue protagonista de este proceso de América Latina; para algunos como responsable de la violencia, para otros como víctima de la persecución política y, para otros, como expresión militante de quienes construyeron un proyecto alternativo al de la clase dominante. En este desarrollo de una construcción de proyecto revolucionario, los intelectuales y el pensamiento político latinoamericano tuvieron un importante rol como referentes teóricos y militantes.

La complejidad de la realidad latinoamericana que implica el agotamiento del modelo de desarrollo, la presión de los movimientos de clase sobre las estructuras nacionales y el ejemplo de la revolución cubana generan una inversión de la interpelación entre el poder y los intelectuales. Ya no es el intelectual el que interpela a la sociedad, sino es la sociedad, desde los proyectos totalizantes —por lo tanto desde los espacios de construcción de poder— el que lo interpela a posicionarse y comprometerse.

Las experiencias políticas en el periodo 1960-1973 son sistematizadas por sus protagonistas, y se constituyen y legitiman como parte del pensamiento político latinoamericano. Así, son las teorías sobre la revolución, el poder popular, el proyecto de construcción socialista y las estrategias militares las que nutren la discusión de los intelectuales de izquierda en las décadas en cuestión. La sensibilidad sesentista¹ y el reconocimiento de un movimiento continental facilitan la circulación y adscripción a estas ideas. En consecuencia con esta realidad, el MIR receptiona las discusiones dadas a nivel latinoamericano y realiza una lectura adecuada a la realidad chilena. En este ejercicio de apropiación y traducción participaron los intelectuales

¹ Concepto utilizado por Devés en *El pensamiento latinoamericano del siglo XX* al referirse a la izquierdización de la cultura en lo que él llama también los largos años 60 (vol. 2).

militantes, quienes también realizaron la traducción hacia las masas a través de los órganos de difusión de la política del partido.

De esta afirmación, entonces, se desprende que el Movimiento de Izquierda Revolucionaria pensó e implementó una política hacia los intelectuales, los que tuvieron distintos grados de vinculación con la organización, yendo desde la simpatía a la militancia, y diversas funciones que fueron desde la elaboración de documentos internos a la creación de textos pensados como propaganda. Los medios de difusión de la discusión política, principalmente las revistas, cumplieron un rol fundamental en el desarrollo del debate. De estas, las revistas editadas en Cuba como la *Tricontinental* y *Casa de las Américas* son referencia obligada, teniendo su correlato interno en la revista *Punto Final* o la revista *Chile Hoy*.

La década de los 60 vio aparecer las escuelas de sociología a nivel continental y también en Chile. Por otro lado, la CEPAL, la FLACSO, las reflexiones en torno al Concilio Vaticano Segundo y las experiencias guerrilleras generan un grupo importante de intelectuales latinoamericanos y latinoamericanistas que se posicionan frente a esta realidad y que teorizan sobre ella. Serán estos intelectuales de izquierda, que desde sus espacios académicos piensan el socialismo, los que dotarán de elementos al MIR para justificar el proyecto de revolución socialista. No son sujetos marginales al poder, sino intelectuales reconocidos y valorados que asumen el llamado no solo a pensar la revolución, sino que a hacerla.

Los estudios sobre este periodo histórico en Chile aún no se han agotado. Si bien hay varios trabajos desde la Historia y las Ciencias Sociales que abordan los procesos políticos, los movimientos sociales y las organizaciones revolucionarias en el marco temporal propuesto, hay una serie de temáticas y enfoques que aún no se han explorado. Lo mismo ocurre con el objeto específico de estudio, el MIR, que a pesar de ser la organización político militar que cuenta con más investigaciones hechas, es posible todavía elaborar nuevas preguntas para su estudio.² Esas nuevas preguntas han ido surgiendo

² Respecto a lo escrito sobre el MIR, destacan recopilaciones de documentos internos y discursos de su líder político Miguel Enríquez, también varios artículos y libros que analizan la formación y desarrollo histórico de la organización. Finalmente, también existen obras basadas en entrevistas y testimonios.

en la medida que las transformaciones sociales del presente nos obligan a mirar el pasado en búsqueda de referencias y alternativas. La existencia en las décadas en estudio de proyectos totales alternativos a los de la clase dominante y, por otro lado, la imposibilidad de materializarlos, nos lleva a preguntarnos —a propósito del término del alertargamiento de la sociedad chilena—³ si dichos proyectos fracasaron debido a que su materialización era inviable, fueron superados a través de la instalación de otros valores y prioridades, o simplemente fueron derrotados militarmente. En definitiva, si la causa de la derrota fue la estrategia deficiente o que el horizonte utópico perseguido era imposible de realizar.

Nos parece relevante indagaciones más profundas respecto a la experiencia revolucionaria latinoamericana, evitando reducir la explicación del proceso al vulgar historicismo que pretende explicar todo debido a la existencia de “una época” que configura y condiciona la realidad. Explicarse el surgimiento y, más tarde, la derrota de las organizaciones político militares en América Latina simplemente por el ejemplo que proporcionaba la revolución cubana, el contexto de guerra fría y luego la caída del muro, nos parece a estas altura no solo insuficiente, sino también caricaturesco.

Es por eso que volver sobre la temporalidad y el objeto de estudio preguntándose por la relación entre intelectuales latinoamericanos y el MIR nos parece importante, ya que a través del estudio de dicha relación es posible indagar en la creación de teorías y discursos justificadores y sustentadores de un proyecto alternativo. Creemos que es un aporte también la aplicación de enfoques que no están muy difundidos en nuestro país, de manera de lograr el desarrollo de la disciplina. Por otro lado, mirar los procesos nacionales en perspectiva latinoamericana nos permite enriquecer en análisis, y reconocer tendencias generales y particularidades en la realidad continental. Pensamos igualmente que un estudio que analice la relación entre pensamiento político latinoamericano y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria nos permitirá

³ La coyuntura chilena en el 2011 y 2012 está marcada por el resurgimiento de una serie de movimientos de protesta, lo que para algunos implica la finalización de un ciclo histórico definido por el pacto político entre izquierda y derecha que materializa el proceso de transición a la democracia. Ese pacto habría significado en términos sociales una desmovilización, lo que habría implicado la continuidad de las políticas neoliberales de la dictadura, sin contrapeso alguno.

discutir las interpretaciones mecanicistas respecto a la aplicación de las concepciones revolucionarias latinoamericanas en Chile. Los estudios históricos que existen sobre organizaciones revolucionarias, en general, están abordadas desde el plano de lo militar y su fracaso. Los estudios desde la perspectiva de la nueva historia política son pocos y, por lo tanto, dejan un campo abierto para trabajar. Finalmente y frente a lo que se ha definido como la muerte del intelectual, resulta atractivo indagar en el proceso precedente donde los intelectuales no solo intervenían en el debate teórico, sino que también abrazaban la militancia, asumiendo plenamente los compromisos que ello significaba. El giro que desde hace algunos años dio la historia política, nos abre una serie de temáticas para poder indagar en las relaciones de poder. La posibilidad de salir de la exclusividad de las elites políticas y el desarrollo del estado, ampliándose los estudios a otros sujetos que conflictúan con el poder, implica también el acercamiento desde otras perspectivas. Así, los discursos, el pensamiento político, la militancia, las redes entre otros, se convierten en objetos de estudio que se propone sean abordados desde dos enfoques: el de la Historia de la Violencia y la Historia Intelectual.

Los métodos, categorías, fuentes e interpretaciones ligados a la Historia Intelectual nos permiten analizar y seguir la trayectoria, la circulación, las redes, la recepción del pensamiento revolucionario en América Latina y la referencia e influencia que este significó para el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. En relación a la Historia de la Violencia, esta nos otorga las herramientas para vincular a los intelectuales con un período histórico y una organización donde la violencia política tiene centralidad; de ahí entonces que es posible estudiar la relación de los intelectuales con su época, no solo en base a la lectura de su obra, sino también desde el contexto político en el cual se desarrollaron, considerándolos como referencias intelectuales y militantes del proyecto revolucionario del MIR. De esa manera, mientras que la Historia Intelectual nos permite el acercamiento al pensamiento y discurso político que es asumido por el partido, la Historia de la Violencia nos permite analizar el MIR como organización revolucionaria y su política hacia los intelectuales.

En relación a la Historia de la Violencia, Julio Aróstegui la identifica con la “resolución o intento de resolución, por medios no consensuados, de una situación de conflicto entre partes enfrentadas, lo que comporta esencialmente una acción de imposición, que puede efectuarse, o no, con

presencia manifiesta de fuerza física” (Aróstegui, “Violencia” 30). En esta definición se encuentran presentes los elementos básicos para poder estudiar histórica y operacionalmente las dinámicas particulares de la violencia política, ya que se señala e identifica su naturaleza relacional al ser producto de las relaciones sociales, su carácter de acción deliberada, su enorme potencialidad de ruptura del orden social y su diferenciación, tanto de la noción de fuerza como de la de conflicto (González 42).

Por tanto, entendemos la violencia como un modo determinado de comunicación, cuya singularidad reside en que busca forzar el cambio de una situación o un comportamiento. La violencia, en este sentido, “es un modo de interlocución que a veces resulta ser la única alternativa posible ante la oclusión de otros medios de relación mutua. La violencia no es, contra lo que pudiera parecer a simple vista, la ruptura de todo tipo de interacción social, sino un modo especial de la misma” (González 13).

Al entender la violencia como un elemento propio de lo social y de lo político, estamos señalando que es susceptible de ser historiada, fundamentalmente, a través de su relación con las estructuras sociales y económicas que la moldean en diferentes intensidades. De esta manera, es esencial identificar las variables históricas de gran trascendencia que inciden notablemente en las dinámicas y el comportamiento violento de los sujetos, particularmente en sus formas de protesta o expresión política.

La lectura del pensamiento político latinoamericano que nos interesa plantea más que el análisis de las ideas en sí mismas, el estudio del proceso desde que las ideas son elaboradas hasta que son apropiadas. Este enfoque nos obliga a cuestionarnos la posibilidad de llegar a las ideas en su “esencia” y más bien asumir la lectura e interpretación de dichas ideas como una creación. Desde este punto de vista, resulta inoficioso cualquier intento por evaluar como correcto o incorrecto la apropiación del pensamiento político latinoamericano que hace el MIR, pero sí nos obliga a analizar la traducción que hace la organización al contexto específico en el cual se desenvuelve.⁴

⁴ La reflexión que precede a estas afirmaciones se inserta en la crítica al positivismo y al concepto de ciencia desarrollado por autores como Gadamer, Khun, Eco, Feyerabend y que tiene un correlato en la disciplina histórica a través del llamado giro lingüístico. En discusiones más actuales respecto a la Historia Política, ver autores como Elias Palti, J Antonio Aguilar, Rosanvallon y Roberto Vila.

En palabras de Carlos Altamirano, la Historia Intelectual “. . . indica un campo de estudios, más que una disciplina o una subdisciplina. Aunque inscribe su labor dentro de la historiografía, su ubicación está en el límite de ese territorio, y a veces cruza el límite y se mezcla con otras disciplinas. Su asunto es el pensamiento, mejor dicho el trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas” (Altamirano, *Para un programa* 10-11). Desde esta perspectiva, se hace posible analizar la política del MIR no solo como práctica, sino también como proyecto. Ideas que se nutren en la práctica, se reformulan e influyen en las definiciones políticas de la organización.

Entendemos que los intelectuales están insertos en una época y que la creación de estos recoge los elementos de esa época a la vez que impacta en la realidad transformándola. No obstante, es válido analizarlos en sí mismos, convertirlos en objetos de la historia y no solo en fuentes para el análisis de esta. En definitiva, pese a que los textos de una época son indisociables de la acción política, para esclarecer el sentido intelectual de los escritos no basta con remitirlos al campo de la acción o su contexto. Ponerlos en conexión con su exterior, con sus condiciones pragmáticas, contribuye, sin dudas, a su comprensión, pero no ahorra el trabajo de la lectura interna y de la interpretación correspondiente (Altamirano, *Para un Programa* 20).

Al analizar la historia del MIR desde el enfoque de la Historia Intelectual, podemos ver la obra de los intelectuales latinoamericanos como la expresión escrita de la política de una época. Este enfoque nos permite salir del análisis del pensamiento en sí mismo, o de las ideas en abstracto, para trabajarlas en relación a un momento en el pensamiento político, analizando qué significado tienen y de qué manera se transforman en referencia para las definiciones ideológicas de una organización como el MIR y, de esta manera, situarlas históricamente (Tuck).

Poniendo en relación a los intelectuales latinoamericanos y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria estamos indagando en una doble dirección: por una parte, la relación se plantea desde los intelectuales hacia el MIR y, por otra, es de interés también definir cuál fue la política de la organización hacia los intelectuales. En esta relación, el concepto de violencia política adquiere pertinencia y relevancia debido a que estamos hablando de una organización que se define como político-militar, lo que implica que los intelectuales que militan en ella fueron quienes debían legitimar

discursivamente el proyecto y la estrategia que incluía el uso de la violencia revolucionaria.

Hay una dimensión de la producción intelectual latinoamericana que no necesariamente tiene una relación directa o de carácter orgánico: el pensamiento político de una época fluye, y en ese fluir es interpretado y resignificado en un intento por convertirlo en proyecto de transformación. En esa perspectiva consideramos importante indagar en cómo el pensamiento político latinoamericano fue recepcionado por el MIR.

La interpretación de la historia continental, las teorías sobre el desarrollo del capitalismo y la teorización respecto a la revolución latinoamericana fueron referencias obligadas para la organización político militar. La transferencia que hizo la organización de estas teorías no fue como si aplicara un manual, sino que las recepcionó, leyó y re-significó de acuerdo con las condiciones de la lucha de clases en Chile, con la realidad geográfica y con la particularidad del desarrollo político del país.

1. EL CONCEPTO DE INTELLECTUAL

“Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales” (Gramsci 13).

En los años 60 asistimos en América Latina al periodo más fructífero en términos de originalidad de las ideas (Devés, *El pensamiento latinoamericano*). La búsqueda del desarrollo, las contradicciones propias del modelo, la presión de los distintos actores sociales y el influjo que significó la Revolución Cubana generaron lo que Devés define como un ambiente, una sensibilidad. Este contexto situó a los intelectuales en una centralidad y los vinculó con proyectos societales generales, no solo a través de la opinión informada, el discurso culto o los estudios científicos, sino también a través de la adscripción a proyectos ideológicos, a partidos políticos tradicionales y a organizaciones guerrilleras.

Esta politización de los intelectuales, esta toma de posición frente a proyectos que se planteaban como excluyentes, reeditó la discusión llevada a cabo ya a fines del siglo XIX a propósito del caso Dreyfus en Francia: esa discusión respecto a qué es un intelectual y cuál es su función social.

El reconocer al intelectual como objeto de estudio y analizar su accionar en los años 60 nos obliga a definir la categoría. Sobre este sujeto, en general, diremos que es parte de la elite pensante de un país o región, es un sujeto que desde los espacios científicos, humanistas, artísticos dialoga con la realidad política y social. Los intelectuales:

[i]nterpretan la realidad, su función es la de dar orden simbólico a las cosas. Suelen hablar en nombre de valores universales y, en su calidad de “paladines y transmisores de conocimiento”, reflejan su vocación de orientar la conducta de la sociedad en base a ciertas pautas y valores culturales definiendo objetivos y alcances del desarrollo social. (Hofmesteir y Mancilla 9)

Si bien en el origen de este concepto se tiene en mente a quienes desde un saber y unos valores universales intervienen en la opinión pública, la transformación social, el cambio de sensibilidades y la profesionalización de los saberes genera nuevas definiciones respecto al intelectual más ligadas a su función específica.

Planteando los criterios para definir el concepto de intelectual, Alburquerque señala que

se han seguido dos vías fundamentales, la social y la política. La primera la concibe como un estamento profesional o administrativo y se preocupa por su eventual constitución como cuerpo social; la segunda lo entiende como elite pensante de una sociedad e indaga en sus relaciones con la política y el poder. (Alburquerque 10)

Basado en el primer criterio profesional, técnico, administrativo, quienes intentan definir a la intelectualidad en las últimas décadas se enfrentarán a la dificultad de establecer márgenes que delimiten quién es y quién no un intelectual. Así, José Joaquín Brunner plantea que bajo esta categoría caben especialistas técnico-organizacionales de la administración pública, de la economía, de la gestión en general, los analistas de coyuntura política, los futurólogos y los planificadores, los profesores de enseñanza terciaria, los periodistas o empleados de medios masivos de comunicación.

Esta definición, ligada específicamente a lo profesional, tiene que ver con lo que los historiadores han llamado la muerte del intelectual, e implica

la relegación de los otrora mediadores entre el poder y la ciudadanía, a un aspecto específico de su función, a tareas alejadas del debate y de la confrontación con el poder o el diálogo con la ciudadanía.

Pablo Ponza, en su “Intelectuales y violencia política”, establece una diferenciación en el carácter de los intelectuales en distintos momentos históricos, distinguiendo de esta manera el posicionamiento de los intelectuales como expertos en distintas disciplinas y la cientifización de su labor. Desde los años 30, en América Latina y, específicamente, en Argentina, asistimos a la instalación de estos expertos en instituciones científicas, institutos de estudios que alcanzan una amplia legitimación y permite el reconocimiento de sus saberes como experticias que aportan al ejercicio del poder, constituyéndose como asesores de los gobiernos.

En un sentido más amplio, otros autores se han referido a una franja de trabajadores de los respectivos países ligados a la administración y al desarrollo científico tecnológico, es decir, aquellos ligados a la actividad de pensar el desarrollo nacional. Esto define a los intelectuales como una Intelligencia vinculada al proyecto nacional y su desarrollo, pero, por otra parte, se aleja de la caracterización de los intelectuales como aquellos que analizan la realidad como un ejercicio de crítica intelectual, privilegiando a quien sustenta desde la creación —artística, científica, técnica— el desarrollo social. Este carácter de la intelectualidad hace que para los países socialistas la adscripción o no de la Intelligencia al proyecto es un problema respecto al cual reflexionar (Trotsky).

No obstante la anterior acepción, la que consideraremos es aquella que toma como modelo el caso Dreyfus; con esto nos referimos a que consideraremos al intelectual más como un “pensador” que como un profesional.⁵

Son varios los estudios que desde la Historia, la Sociología o la Ciencia Política se acercan al concepto de intelectual. En base a los aportes de esos autores se puede arribar a la definición de la categoría que hace posible su aplicación. Esta definición ha sido abordada considerando la esencia de

⁵ La categoría de pensador es solo complementaria a la de intelectual. Con pensador nos referimos a aquel hombre de letras creador de una obra trascendente que impacta a nivel social latinoamericano y, por ende, se crean a través de su producción redes eidéticas.

la actividad intelectual, la función, la relación con el poder y la vinculación con los distintos actores políticos.

Ponza, en el estudio ya referenciado, propone una definición que no lo presenta atrapado por la disciplina, y resalta los aspectos de comunicación y relación de su creación; de esta manera señala que “un intelectual es aquel individuo que crea, evalúa, analiza o presenta símbolos, valores, ideas e interpretaciones a un auditorio de manera regular. Es un agente social con un capital simbólico reconocible, intereses específicos en juego y pretensiones de verdad en la esfera político-cultural donde se halla inserto”. (11)

Resaltando los mismos elementos —experticia disciplinaria y comunicación con la sociedad— Albuquerque define al intelectual como “aquel individuo perteneciente al ámbito de la ciencia, del arte, del pensamiento o de la cultura que se dedica a pensar, comprender y explicar la sociedad en que vive, debiendo transmitir el resultado de su reflexión a un público determinado” (9). El mismo autor, en su estudio sobre los intelectuales latinoamericanos en los años 60, reconoce al intelectual como “[s]ujeto portador de un poder específico, que lo dota de un estatus que lo habilita para dialogar con otros entes también en posesión de poderes determinados” (8). Bajo este argumento, los intelectuales son excepcionales poseedores del poder de mediar entre los saberes científicos y la población, entre el poder político y la base.

Profundizan esta definición los conceptos que Albuquerque utiliza para explicar la adscripción de los intelectuales a ciertos principios. Para él la dimensión ética, valórica y espontánea sería la clave de explicación de los comportamientos intelectuales (9). El intelectual, entonces, se posiciona frente a la realidad, sus argumentos son subjetivos pues se desprenden de posturas valóricas e ideológicas, no obstante, el poder de conocimiento, experticia, cientificidad y, por ende, objetividad que se les reconoce como intelectuales, permite que sus apreciaciones constituyan verdad y que doten a los distintos proyectos políticos de legitimidad.

Los intelectuales de la década del 60 asumieron esta tarea, imbuidos en las problemáticas sociales, involucrados en la discusión respecto a cuál era el camino al desarrollo que debía adoptar América Latina; se posicionaron, pensaron la realidad vinculados a los preceptos teóricos que permitían, a su entender, dar respuestas a las interrogantes de la realidad continental, aplicaron el metarrelato del marxismo a nivel local y, en esa relación, lo

enriquecieron convirtiéndolo no solo en una lectura del presente y el pasado, sino en una proposición de futuro. Los intelectuales de los 60 no contemplaron la realidad desde el palco que les daba su experticia y su capacidad crítica, sino que asumieron que eran parte del problema y no solo observadores de este.

De esta manera, los intelectuales en esa época estuvieron tensionados entre su pertenencia al campo de los intelectuales y el deber de responder a su clase. Este acercamiento tensiona la definición de Albuquerque que, pensando a los intelectuales en términos colectivos, señala que “. . . son individuos de profesiones diversas que se sienten con una misión común y un espíritu de cuerpo, incluso una conciencia de clase” (9). La adscripción de los intelectuales a la clase sería pensándose ellos como clase o como parte constitutiva de una clase.

De esta definición, del ser intelectual como pensador de la realidad, generador de discurso, legitimador de proyectos, interlocutor en sus sociedades, se desprende la pregunta respecto a cuál es la función entonces de los intelectuales en América Latina en los años que abarca la propuesta. Si bien reconocemos que la acción del intelectual, para que sea tal, debe estar ligada a lo público, a la denuncia, a la posición política, ¿cuál es el límite en esa relación con lo público?; la vinculación con la política, con el poder, ¿es parte de la función del intelectual? La pregunta es pertinente en la medida en que reconocemos en los intelectuales latinoamericanos una vinculación con el poder —como colaboradores o como críticos— desde que la creación de la CEPAL instala a los intelectuales como pensadores del modelo de desarrollo latinoamericano y, por lo tanto, como aliados del poder del estado nacional. Esta colaboración deviene en la creación, finalmente, de una posición crítica frente al modelo y el cambio en la relación con el poder, desde la colaboración a la contraposición, sin embargo, en ambos casos no será solo desde la opinión o el aleccionamiento de sus sociedades, sino desde la constitución de los intelectuales como actores políticos directos, funcionarios de la CEPAL primero y militantes de organizaciones políticas después.

Esta realidad histórica nuevamente nos permite discutir el concepto de Albuquerque que plantea que “cuando los intelectuales se ubican junto al poder político, puede darse muy rápidamente una situación en la que al compromiso con la verdad y la razón se le sume intereses políticos. El

discurso acerca de la libertad frente a la autoridad se verá entonces influido y hasta sustituido por los imperativos políticos” (Albuquerque 9). ¿Es posible plantear que los intelectuales tienen como función la búsqueda de la verdad y que esta función no se cumple cuando asumen otras funciones al interior de sus sociedades como es la función política? Nos parece que esta afirmación es atemporal y abogamos por una definición histórica del carácter y la función del intelectual. Desde esa perspectiva, el intelectual que en los años 50 era un experto al servicio del proyecto nacional, en los 60 y 70 podía ser un militante revolucionario, y su función, al igual que la realidad, se construye en la historia misma.

Los estudios históricos sobre la relación de los intelectuales y la política han intentado dilucidar esta tensión: así, desde el posicionamiento de los intelectuales frente a acontecimientos hasta la relación de estos con los partidos, nos permite levantar clasificaciones respecto a la acción de este grupo.

En relación al último punto mencionado, la reacción de los intelectuales frente a Auschwitz, el estudio realizado por Enzo Traverso distingue cuatro grupos principales dentro de los intelectuales europeos y norteamericanos: los colaboracionistas, los supervivientes, los cegados y un pequeño número de denunciantes (Dosse 75). De esta manera, dentro de un campo o espectro amplio, podemos clasificar a los intelectuales de acuerdo a su posición frente al hecho.

De la misma manera, los compromisos militantes nos permiten levantar subcategorías. El compromiso de los intelectuales con el comunismo es el objeto de múltiples trabajos desde las distinciones formuladas por Annie Krieguel, cuando diferenciaba la adhesión política, existencial e ideológica.⁶ “Si numerosos intelectuales han participado en la aventura comunista desde dentro, son numerosos los que se han quedado al margen del partido, a pesar de identificarse con su política y de apoyar sus tomas de posición: esos son los famosos compañeros de viaje” (Dosse 72-73). Es posible, entonces, establecer que la relación entre intelectuales y partidos no necesariamente es

⁶ Se refiere a los trabajos realizados por historiadores franceses respecto a la relación entre los intelectuales y el Partido Comunista, en específico el texto de Krieguel es “Les Communistes Français (1920- 1970)”, editado en París.

de militancia sino que existe una variedad de posibilidades que van desde la simpatía, la adhesión valórica o de principios, el ser “compañeros de viaje” hasta la vinculación a la estructura orgánica con la consiguiente asignación de tareas dentro de la organización.

De esta definición amplia de intelectual es necesario arribar algunas especificaciones que nos permitan adjetivarla y así definir de mejor manera el objeto de estudio. Para el enfoque propuesto, la relación de los intelectuales con la política, los partidos y el Estado es central, por esto que la definición de intelectual que hace Antonio Gramsci se vuelve pertinente. Para el marxista italiano, los intelectuales “son los empleados del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político” (Gramsci 16). De esta manera, se evidencia un vínculo entre los intelectuales, las clases sociales o los ámbitos de poder, configurando lo que el autor denomina intelectual orgánico. El concepto no tienen que ver necesariamente con la relación de pertenencia que el intelectual tenga con una estructura orgánica, es, más bien, la adscripción y reproducción que un sector hace de una ideología determinada.

La reflexión de Gramsci ha permitido a otros preguntarse por la relación entre intelectuales y Estado, intelectuales y partidos, intelectuales y clase obrera. Si bien existen algunos estudios que han llegado a definir y conceptualizar dicha relación, no nos inclinamos por ninguna de ellas pues debería ser un objetivo de investigación llegar a una definición propia de estas relaciones en el contexto histórico.

2. INTELLECTUALES, PENSAMIENTO POLÍTICO Y VIOLENCIA

“El fenómeno violento no es un hecho puntual, sino un hecho social global, vinculado ciertamente a la política, pero también a la economía, a las representaciones colectivas y al imaginario social” (González 161). Asumiendo la complejidad de la definición de la violencia entendemos que analizar el pensamiento latinoamericano que se desarrolló entre el tiempo de la Revolución Cubana y las dictaduras latinoamericanas y que teorizó en torno a la violencia es, en definitiva, acercarse a la violencia desde una perspectiva histórica.

Eduardo Gruner, en su libro *Las Formas de las espada*, plantea: “La violencia es constitutiva de la práctica política, porque es fundadora de la juridicidad estatal” (31). Para el autor, la ley se sustenta en la coacción, por lo tanto, el orden legal establecido por el Estado solo es posible bajo el imperio de la violencia. Así, el derecho (político) permite la inscripción de la violencia en la sociedad de manera legítima (35), instituyendo al Estado como único detentador de esta. La violencia (exclusiva y excluyente), permitida por el Estado, tiene como objeto inmediato salvaguardar al derecho, es decir, proteger el derecho a la utilización de la violencia como poder político que, a su vez, no existe sin el amparo de esa violencia legitimizada. No obstante existe, según Gruner, en este ejercicio una contradicción básica, dado que el “estado moderno y el contractualismo son posibles por la renegación de la violencia constitutiva de lo político” (36), es decir, si bien la violencia es consustancial al Estado, se niega su existencia o intermediación en las relaciones políticas. Lo que el Estado teme de la violencia es la aparición de un orden jurídico-político nuevo, diferente a aquel establecido por una primigenia relación de fuerzas, en ese sentido, al Estado le interesa borrar la existencia de la violencia, generando un discurso de institucionalidad y conciliación.

Pero no solo se niega la existencia de una violencia transformadora sino también de una violencia conservadora ejercida por el Estado. Dicha violencia es catalogada como excepcional, ni siquiera como legítima. Esta última afirmación es fundamental, ya que una de las características del relato histórico en Chile es hacer aparecer el desarrollo de los procesos a través del tiempo como un continuo de institucionalidad y civilidad, donde la violencia se ha ejercido de forma excepcional, interpretación que, sin embargo, no es muy difícil de rebatir.⁷

A pesar de coincidir con las apreciaciones de Gruner, en el sentido de que la violencia es consustancial a la existencia de la sociedad moderna, es necesario realizar una especificación mayor en el concepto de violencia

⁷ Ver los trabajos realizados por Igor Goicovic, especialmente “Los escenarios de la violencia popular en la transición al capitalismo” y otros, donde el autor refuta la tesis sobre la excepcionalidad de la violencia en el desarrollo histórico chileno.

política, es decir, llegar a operacionalizar dicho concepto, establecer, por ejemplo, distintos periodos de violencia o identificar especificidades en el uso de esta y diferenciar entre quienes la ejercen y cuáles son sus objetivos.

Para estos efectos, la aplicación del concepto que hace Aróstegui nos es útil. Según el autor, podemos hablar de fenómenos de violencia cuando determinadas acciones individuales y sociales tienden a una especificidad que puedan revelarnos y nos permitan atribuirles de forma inequívoca una influencia sobre la reproducción social. La conceptualización de la violencia empieza a ser posible, justamente, cuando empiezan a manifestarse “fenómenos” que de alguna manera podemos aislar y contextualizar con alcance discriminatorio (Aróstegui, “La especificación” 132-33).

Para América Latina, el periodo que va desde 1959 hasta 1990 marca un ciclo particular de violencia, donde podemos efectivamente identificar los elementos constitutivos de la violencia política. Ejemplo de esto es el fin de la monopolización de la violencia por parte del Estado y el uso de esta herramienta por otros actores de manera más o menos extendida; estos nuevos actores serán los partidos de la izquierda revolucionaria.

Por otro lado, en este periodo se materializa otro de los elementos que, a juicio de Aróstegui, debe existir para que podamos hablar de violencia política. En las décadas del 60 y 70, la sociedad toma conciencia de la existencia de la violencia y eso le da un cariz a su uso, pues esta se reivindica y, por lo tanto, se hace más visible y más explícita, lo que permite identificarla como fenómeno (Aróstegui, “La especificación” 13).

La categoría de violencia nos permite un acercamiento distinto a la problemática chilena, entendiendo que es compleja, y que los periodos y actores analizados no se definen ni diferencian solo en relación al uso de esta. Esta salvedad es necesaria debido a que es casi parte del sentido común calificar a las dictaduras y a los partidos de izquierda armados como detentadores de la violencia como su principal característica, señalando que es el uso de la fuerza lo que los distancia de la democracia o de los partidos tradicionales.

Es necesario aclarar que ambos contrincantes —tanto las dictaduras como las organizaciones revolucionarias— tienen en su accionar un sustento y utilizan, por lo tanto, esa violencia como un instrumento para el logro de sus objetivos. Detrás del accionar violento de los actores hay un proyecto a implementar y es eso lo que la convierte en violencia política. La izquierda

radical no basaba su radicalidad en el uso de las armas, sino en el planteamiento de un proyecto alternativo al proyecto de la elite (Flaskamp 142).⁸

Otro abordaje parte del concepto más específico de violencia revolucionaria. Desde el punto de vista teórico y conceptual, diremos que una de las problemáticas para la utilización de esta categoría es que está poco sistematizada. Uno de los autores que la ha trabajado es Eduardo González Callejas, quien define algunos conceptos que para nuestro estudio resultan pertinentes: uno de ellos es el de Guerrilla, del que dice que “a semejanza del terrorismo revolucionario, la guerrilla es un tipo de violencia desplegado por actores no elitista, que suele desarrollarse en el marco de una estrategia subversiva más ambiciosa, y que aspira a culminar como un asalto al poder en forma de insurrección o de guerra civil” (González 476).

Los conceptos de revolución y violencia son claramente vinculantes; los estudios que tratan las revoluciones, inevitablemente deben considerar a la violencia como parte constitutiva del proceso o como un medio para alcanzar la transformación profunda. Callejas al respecto plantea que

la necesidad del empleo de la violencia en una revolución es evidente, y que la élite dirigente no acostumbra abandonar el poder sin oponer resistencia, y los revolucionarios están obligados a tomarlo por la fuerza. Puesto que en el estado contemporáneo, los instrumentos coercitivos a disposición de las autoridades son numerosos y cada vez más perfeccionados, los revolucionarios deberán movilizar amplias secciones de población y recibir su apoyo activo, pero también intentar anular o captar los recursos coercitivos del estado. (González 505)

A esto habría que agregar que el discurso positivo que hacen de la violencia en momentos determinados los intelectuales y los medios de comunicación permite que los levantamientos armados contra el poder sean vistos como legítimos. En un acercamiento distinto a la historia del MIR

⁸ Para este autor, sin embargo, la violencia de los grupos de izquierda se debe más bien a la respuesta en contra de la represión dictatorial: “Sin duda pese a todo su ultraizquierdismo, tampoco el ERP habría iniciado la lucha armada en 1970, de no haber existido una dictadura que la justificara” (142).

nos interesa indagar en la relación entre intelectuales y legitimación de la violencia a través del discurso político.

Asumir la violencia política como una categoría historiable, y la importancia de la legitimación de la violencia a través de la producción intelectual y el discurso político, nos permite especificar la relación entre pensamiento político, intelectuales y partido revolucionario. En este ejercicio, queda establecido que es la violencia un articulador de esos tres ejes donde los intelectuales a la vez que generan un corpus de ideas que justifican la revolución se incorporan a la causa a través de la militancia, por lo tanto, la violencia deja de ser un discurso para convertirse en una potencial acción. ¿Qué significó para dichos intelectuales esa inversión del ejercicio de la violencia, de ser perseguidos y violentados por inmiscuirse en la política a ser quienes adoptan una actitud activa como revolucionarios, es decir, ejercer la violencia para lograr la transformación?

La adscripción de la presente propuesta a la Historia Intelectual y la Historia de la Violencia nos obliga a pensar en la relación entre pensamiento político, producción intelectual y organizaciones revolucionarias como una que es compleja, de enriquecimiento mutuo y que está muy lejos de ser una simple aplicación de la teoría a la acción política. Asumiendo que en la lectura de texto existe también una creación, proponemos un análisis de las fuentes utilizando diversas herramientas que nos permitirán hacer una lectura interpretativa de los documentos internos del MIR y de la producción de los intelectuales latinoamericanos.

3. PROPUESTA Y DESAFÍOS METODOLÓGICOS PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA DEL MIR DESDE LA HISTORIA INTELECTUAL Y DE LA VIOLENCIA

Los estudios hechos sobre el MIR han redundado en el análisis de la acción política de la organización no así en su pensamiento. El abordaje desde una perspectiva distinta nos obliga a innovar en la interpretación de las fuentes disponibles para su estudio. Las fuentes a las que nos referimos no son distintas a las que se han utilizado hasta ahora por los estudiosos del MIR: documentos internos, comunicados, prensa nacional y entrevistas, más algunas menos estudiadas como la revista *Punto Final*, órgano de

debate político e intelectual surgido en 1965, donde participaban militantes y simpatizantes del MIR, lo que genera que sea considerada un medio difusor de la línea mirista.

Creemos que es necesario un mapeo del ambiente intelectual de los años 60. Para esto es posible tomar como referencia dos publicaciones cubanas, la revista *Casa de las Américas* y la revista *Tricontinental*. La importancia que tiene Cuba como referente revolucionario justifican esta elección. Puesto que las temáticas puestas en análisis tienen que ver con la definición del proyecto revolucionario se hace inoficiosos el análisis de otras publicaciones de carácter cultural y artístico, optando por las ya mencionadas debido a los textos de teorización respecto a la revolución existentes en sus páginas y a la mirada latinoamericanista de la problemática política que las convierte en órganos de discusión y difusión política, así como de constitución de redes.

A partir del análisis de los documentos internos y las publicaciones se puede construir una matriz para establecer referencias, influencias y redes. La utilización de este instrumento tiene como objetivo identificar quiénes son los intelectuales que más escribían en las principales revistas latinoamericanas que difundían el pensamiento político en el continente, de la misma manera es posible establecer cuáles son los intelectuales o ideas más citados y las vinculaciones que constituyen redes entre los intelectuales latinoamericanos.

En un enfoque más cualitativo, el análisis de la política, la propaganda y la formación nos permitiría concluir respecto a la recepción del pensamiento latinoamericano en el MIR, en definitiva, de qué manera se traducen las ideas revolucionarias por parte de la organización. La categoría de recepción implica asumir que las ideas y la lectura de estas se hace por sujetos influidos por el tiempo en el que viven. Esta realidad, lejos de constituir un problema o una limitante debido a la desnaturalización de las ideas originales, es, para objeto del enfoque propuesto, una premisa básica para acercarse al estudio de la relación existente entre el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el pensamiento latinoamericano.

De esta manera, la transformación o adecuación de las ideas que hacen los distintos actores, serán vistas como un enriquecimiento del pensamiento latinoamericano y no como una distorsión, mala lectura o traición al original. De la misma manera, y utilizando los argumentos de Horacio

Tarcus para entender la recepción del marxismo en América Latina, entenderemos que la teoría latinoamericana de los años 60 evita quedarse en los círculos intelectuales cuando se hace actividad práctica y voluntad colectiva (24).

Entendiendo, entonces, que desde la creación de las ideas hasta la conversión de estas en afirmaciones políticas por parte del MIR hay un proceso complejo y enriquecedor, distinguiremos —utilizando los criterios definidos por Tarcus— algunas etapas o momentos: la producción de una idea por parte de los intelectuales; la difusión a través de distintos medios como publicaciones, congresos, cartas; la recepción y finalmente el momento de la apropiación (30).

En esta identificación de momentos, Tarcus define la recepción como “la difusión de ideas en un campo de producción diverso del original desde el punto de vista del sujeto receptor. Es un proceso activo por el cual determinados grupos sociales se sienten interpelados por una teoría producida en otro campo de producción, intentando adaptarla a (‘repcionarla’ en) su propio campo” (31).

A juicio del autor, los estudios de recepción no pueden limitarse al señalamiento erudito y descriptivo de transferencia de ideas y autores de un espacio cultural a otro. Citando a Fernet-Betancourt, explica que estos estudios implican la reconstrucción histórica de las condiciones que preparan la posibilidad para que determinada filosofía se torne histórica en el contexto de determinadas condiciones de vida y de pensamiento (42).

La construcción de mapas eidéticos, de manera de poder establecer derivaciones y complejizaciones de las teorías revolucionarias en América Latina, es otra de las maneras posibles para abordar las influencias y la recepción del pensamiento latinoamericano.

Por último, las entrevistas en profundidad son una herramienta básica entendiendo que muchas vinculaciones fueron de carácter clandestino y que hay una serie de experiencias, nexos e interpretaciones que no han quedado registrados en las fuentes escritas, lo que nos obliga a acceder a ellas a través de la consulta directa a los protagonistas de los procesos.

Los estudios sobre Historia Intelectual se vienen desarrollando en América Latina desde hace unas décadas y, como en otras áreas, donde se ha publicado de manera más abundante es en Argentina y México. En México, la existencia de un cuerpo académico de Historia Intelectual dependiente

del Departamento de Humanidades en la UAM evidencia el respaldo institucional que a estas temáticas se otorga. Esto se ha reflejado en algunos seminarios y publicaciones que en el país se desarrollan. En una de estas publicaciones, Mara Polgovsky plantea que

América Latina ha asistido al renacimiento de la historia política. La disciplina que resurge, sin embargo, ha sido despojada de toda concepción esencialista de la nación, la ciudadanía o el americanismo. Transformada en sus fundamentos epistemológicos por el “giro lingüístico” y, por lo tanto, necesariamente revisionista, esta historia ha sido particularmente rica en sus reflexiones en torno a los conceptos y los lenguajes políticos. Las nociones de “historia intelectual”, “nueva historia intelectual” o “historia político-intelectual” han servido para distinguir a esta disciplina en plena renovación, que busca diferenciarse de la historia de las ideas, la historia social y la historia cultural. No obstante, su institucionalización es aún precaria, siendo muy escasas las publicaciones especializadas en el tema y las cátedras universitarias focalizadas en su estudio. (s/p)

Dentro de este limitado número de publicaciones y estudios es posible identificar algunos que han sido íconos al marcar la pauta de lo que es posible trabajar bajo este enfoque.

En Chile, los estudios sobre las ideas y los intelectuales no proliferan aún, no obstante hay algunos autores que han realizado estudios que trascienden las fronteras de la realidad chilena. Eduardo Devés es quien ha trabajado de manera más extensa el pensamiento no solo chileno sino también latinoamericano. Los tres tomos de *El Pensamiento latinoamericano en el siglo XX* realizan un recorrido por las principales corrientes de pensamiento del subcontinente, donde deja de manifiesto que los pensadores latinoamericanos se han debatido entre el centralismo y el identitarismo. El autor ha trabajado el periplo de las Ciencias Sociales en América Latina, su inserción, politización y autonomización respecto del poder (Devés, *La circulación* 1-6). En relación a la temporalidad que nos convoca, el autor plantea la existencia de una “sensibilidad” que guiaría la producción intelectual y que permite, por ejemplo, la superación de las ideas desarrollistas y el surgimiento de la teoría dependentista. Lo mismo ocurriría con la instalación de la teología de la liberación o la educación popular que solo tienen sentido a la luz de esta sensibilidad sesentera.

Las redes intelectuales son otra de las temáticas que Devés ha trabajado en dos líneas distintas: el análisis de las redes intelectuales al interior de América Latina y la circulación de las ideas periféricas. De estos estudios nos resulta particularmente importante las redes que se establecen a partir de la creación de la CEPAL entre los intelectuales chilenos y los del resto de América Latina, y la propuesta que hace Devés respecto a ampliar el espectro que consideramos como componente del pensamiento latinoamericano que, durante mucho tiempo, contempló únicamente la filosofía. El autor nos incita a trabajar otras producciones intelectuales —que para la presente propuesta podría ser el pensamiento político, las teorías sobre la lucha armada, la educación popular, la rebelión popular entre otros— e integrar otras metodologías como el análisis de redes que permite superar el limitante concepto de generación (Devés, *Redes Intelectuales*).

Los textos referentes al análisis del pensamiento político y las concepciones revolucionarias que nutren el proyecto y el programa del MIR son menos abundantes. Hay, en primer lugar, algunas publicaciones que contienen recopilaciones de discursos y documentos del partido, lo que nos dice que hay un interés en la organización que va más allá de las acciones militares o la política de masa implementada y que es importante también reconocer las reflexiones que nutrieron y definieron dichas políticas. En esa línea están los textos recopilatorios editados por Escaparate y LOM respectivamente, que reúnen discursos y documentos del líder del MIR, Miguel Henríquez (Naranjo y Ahumada). Mención especial merece el texto sobre el pensamiento de Bautista Van Shouwen; en él el autor no solo recopila textos escritos por el militante revolucionario sino que los analiza y contextualiza, lo que nos permite un acercamiento al pensamiento político de la organización (Hernández).

La revisión de los escritos sobre el MIR nos permite diagnosticar que no existen estudios sobre las definiciones político ideológicas de la organización, sobre sus referencias e influencias, y sobre el rol de los intelectuales al interior de la organización. Esto nos posibilita, entonces, proponer un acercamiento original a la historia de la organización revolucionaria, en perspectiva latinoamericana, y utilizando el enfoque de la Historia Intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

- Albuquerque, Germán. *La trinchera Letrada*. Santiago: Ariadna Ediciones, 2011. Impreso.
- Altamirano, Carlos. *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Argentina: Editorial Siglo XXI, 2005. Impreso.
- . *Intelectuales. Notas de investigación*. Argentina: Grupo Editorial, 2006. Impreso.
- . *Historia de los Intelectuales en América Latina II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*. Madrid: Editorial Kats, 2010. Impreso.
- Aróstegui, Julio. “Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia.” *Revista Ayer* 13 (1994): 17-55. Impreso.
- . “La especificación de lo genérico: La violencia política en perspectiva histórica.” *Revista Sistema* 132-133 (1996): 9-39. Impreso.
- Bourdieu, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Editorial Montessor, 2002. Impreso.
- Brunner, José Joaquín. *Intelectuales y democracia. América Latina, cultura y modernidad*. México: Grijalbo, 1992. Impreso.
- Devés, Eduardo. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomos I y II*. Santiago: Editorial Biblio, 2003. Impreso.
- . *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago: Instituto de Estudios Avanzados, 2007. Impreso.
- Dosse, Françoise. *La marcha de las ideas*. Valencia: La Decouvert, 2007. Impreso.
- Flaskamp, Carlos. *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos, 2002. Impreso.
- Goicovic, Igor. “Los escenarios de la violencia popular en la transición al capitalismo.” *Espacio Regional*. Año 3. Vol 1 (2006): 75-80. Impreso.
- . “Teoría de la violencia y estrategia de poder en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. 1967-1986.” Ponencia presentada en el seminario *Medio siglo de debates tácticos y estratégicos en la izquierda chilena 1950-2000*, Universidad de Santiago de Chile 2000. <http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/goicoi/goico0006.pdf>
- . “La Junta Coordinadora Revolucionaria, Un Proyecto Inconcluso.” Ponencia presentada en las *II jornadas de Historia Política de Chile*, Departamento

- de Historia, Universidad de Santiago de Chile, 9 y 10 de Noviembre, 2005. <http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/goicoi/goico0007.pdf>
- . “El Contexto en el que Surge el MIR.” *CEME* 6 (2000).web. <http://www.archivochile.com/Ceme/revista/CEME_Nro6.pdf>
- González Calleja, Eduardo. *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*. Madrid: Csic, 2002. Impreso.
- Gramsci, Antonio. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Editorial Lautaro, 1960. Impreso.
- Gruner, Eduardo. *Las formas de la espada*. Buenos Aires-Argentina: Ediciones Colihue, 2007. Impreso.
- Hernández Vasquez, Martín. *El pensamiento revolucionario de Bautista van Schouwen*. Chile: Editorial Escaparate, 2004. Impreso.
- Hofmestier, Wilhem y H.C.F Mansilla, ed. *Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico*. Santa Fe-Argentina: Ediciones Homo Sapiens, 2003. Impreso.
- Naranjo, Pedro y Mauricio Ahumada. *Miguel Henríquez, el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR*. Santiago: CEME - LOM, 2004. Impreso.
- Polgovsky Ezcurra, Mara. “La historia intelectual latinoamericana en la era del ‘Giro lingüístico’.” *Revista electrónica Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. Octubre 2010. Web. <<http://nuevomundo.revues.org/60207>>
- Ponza, Pablo. *Intelectuales y Violencia Política 1955-1973*. Córdoba-Argentina: Editorial Babel, 2010. Impreso.
- Tarcus Horacio. *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores, obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Siglo XXI, 2007. Impreso.
- Trotsky, León: “La Inteligencia y el Socialismo.” *Anticapitalistas. Izquierda anticapitalista*. Web. 20 noviembre 2012. <<http://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Trotsky-LaInteligenciaYElSocialismo.pdf>>